

Alonso Dávila, Isabel (coord.): *Plaza de los Lobos 1968-1977. Memorias de estudiantes antifranquistas de la Universidad de Granada. Granada, Editorial Universidad de Granada, 2024. 268 pp.*

Pello Salaburu

Universidad del País Vasco / Euskal Herriko Unibertsitatea (UPV/EHU), España 

<http://dx.doi.org/10.5209/chco.99399>

Recordar el pasado y rescatar la memoria de lo sucedido contribuye a fomentar en el presente nuestra propia libertad como personas porque, ya lo indica una de las autoras y coordinadoras, María Socorro Robles Vizcaíno, “el mayor enemigo de la libertad es el olvido, por ello tiene valor hacer presente el pasado” (p. 102). Es un objetivo digno e imprescindible. Y corresponde también a la universidad, entre otras instituciones, impulsar actividades que fomenten el recuerdo. Más, si cabe, en momentos como los actuales, en los que nos estamos enfrentando, a veces de modo no consciente, a un futuro de pocas certezas.

Este libro coral, en cuya redacción, dejando al margen prólogo, introducción y la parte final, han participado trece personas, recoge el testimonio y la experiencia, contadas en primera persona, de la represión que el tardofranquismo ejerció contra estudiantes de la Universidad de Granada entre los años 1968 y 1977 (dos años después de la muerte del dictador). Era todavía una época oscura, tenebrosa, en la que la mujer no podía firmar el contrato del gas, ni abrir una cuenta, aunque en la pareja fuese la única que trabajaba.

Los detenidos, la mayoría en la órbita del PCE, acababan siempre en la comisaría situada en la Plaza de los Lobos, como figura en el libro, aunque uno de los autores, Arturo González, discute la ubicación exacta de la citada comisaría en ese edificio. Cuando reconstruimos la historia nuestros recuerdos lejanos son costosamente elaborados de nuevo y seguramente cambiados de modo inconsciente a lo largo de los años hasta que se ajustan en nuestro cerebro a aquello que entendemos sucedió de verdad. Pero en el fondo, los rasgos sustanciales de los hechos que almacenamos tampoco cambian demasiado. El régimen franquista fue un horror, las generaciones más jóvenes no son conscientes de lo que supuso. Toda disidencia era combatida sin compasión desde los cuerpos policiales y la judicatura. Logró “domesticar” a partes muy importantes de la población, que al final acabaron asumiendo la conversión a la democracia de sectores que supieron jugar muy bien sus bazas sin haber oído hablar nunca de *El gatopardo*. Muchos han muerto, en plena gloria, sin conocer siquiera el nombre del autor de la novela.

La represión se cebó también en la Universidad de Granada: se produjeron muchas detenciones arbitrarias; interrogatorios por parte de policías psicópatas; sufrimientos, miedo y terror; torturas físicas en varios de los casos, psicológicas casi siempre; se produjeron a veces sorpresas en las familias afectadas (con sentimientos encontrados de dolor, incomprendimiento, aceptación, rechazo, humillación); se firmaron atestados policiales absurdos; la lucha por la dignidad les llevó a esconderse en casas particulares; no faltó quien fuera encerrada incluso en el manicomio (caso

de Carmen Morente); hubo trasiego constante de papeles, panfletos, registros que se cebaban en libros (prohibidos o no, eso daba igual frente a la ignorancia policial), reuniones, asambleas, chivatos y coches que abrían sus puertas en aquella calle y en aquel lugar... Solo el convencimiento personal de que sus actividades contribuirían a tumbar el régimen lograba que aquellos jóvenes revoltosos antifranquistas, en ocasiones demasiado inocentes, pudieran soportar todo lo que se les venía encima. Y no era poco, porque en más de una ocasión su propia integridad física corrió serio peligro.

El capítulo introductorio de la propia coordinadora y del grupo editor sitúa lo sucedido en términos que resumen a la perfección lo que los autores y autoras cuentan a continuación en orden cronológico a través de sus propias vivencias: la primera detención de Bernabé López García; José María Alfaya describe con humor su llegada a Granada desde Ceuta, su peligrosa participación en el Cine Club Universitario y sus detenciones; las precisiones en las descripciones de Arturo González sobre los espacios en los que acabó detenido; Socorro Robles tuvo que salir huyendo por varias ciudades hasta recalar en Barcelona; Juana García Ruiz sintió en sus huesos el frío helador (supongo que también psíquico) de la Comisaría del Albaicín; Lola Parras, doblemente castigada al saber que su familia sufría rechazo social por tener a una roja entre sus miembros; Fernando Wulff Alonso, torturado en comisaría; José Antonio González Alcantud, también torturado; Isabel Alonso Dávila, en cuya casa la policía encontraba, vaya milagro, libros y escritos que ponían “libertad”; Javier López Gijón, cuyas reflexiones lo llevan a ese París proscrito y a las conferencias (entonces multitudinarias y supongo que también bastante incomprensibles, al menos lo eran para mí) de Louis Althusser; a Carmen Morente Muñoz la metieron directamente en el manicomio, hasta que fue indultada (de estar loca, imagino); Tomás Navarro Aparicio, cuya buena fe en el proceso transitorio hacia la democracia se tambalea con esa ley de amnistía que permitió la salida de luchadores antifranquistas, pero también de que “asesinos, torturadores, violadores y abusadores de los derechos humanos durante cuatro decenios” (p. 223) quedaran de forma definitiva sin castigo; Laureano Sánchez, que acabaría viéndose en una manifestación (por las cinco muertes de trabajadores que causó la policía en Vitoria) encabezada con una pancarta y una ikurriña portada por los estudiantes vascos en Granada.

En estos esfuerzos de recuperación de nuestra memoria histórica quiero resaltar el papel que la Universidad de Granada ha tenido a la hora de recordar de forma oficial fechas y lugares de lo sucedido, organizando o apoyando conferencias, encuentros o actos diversos con inclusión de placas reivindicativas. La publicación de este libro también ha contado con el apoyo explícito de los gobernantes universitarios: está prologado por la rectora. En efecto, corresponde también a la universidad impulsar la investigación sobre ese pasado que va construyendo la Memoria Histórica cuyo recuerdo no falta quien trata de esquivar. Y hacerlo mediante la publicación de testimonios personales, narrados por los protagonistas, es algo que merece la pena subrayar.

Porque la investigación universitaria requiere el manejo de toda una parafernalia de fuentes, documentos, citas y consultas a archivos varios que luego se traduce en la publicación de artículos o libros que narran en tercera persona capítulos de la historia que se quiere describir. Fueron muchos los detenidos y torturados en Granada, también asesinados, en los años de ese tardofranquismo y primeros momentos de la transición en que se sitúan las historias que aquí se cuentan. Pero una cosa es la descripción más o menos aséptica, aunque siempre sea ideológica, de determinados hechos, y otra muy distinta que nos lo cuenten quienes los vivieron en primera persona, que nos lo narran desde dentro mediante el aporte de datos que al observador ajeno se le escapan. Además, quienes los leemos nos acercamos más y de forma más directa a los sentimientos y vivencias de aquellas personas que sufrieron el zarpazo en sus propios cuerpos. Este es un valor sustancial del libro, que se lee de forma amena por estar estructurado en torno a artículos centrados en el mismo tema, eso sí, pero completamente autónomos que permiten una lectura menos rígida y más amable. El tono desenfadado y las distintas anécdotas que se cuentan contribuyen, asimismo, a aligerar una lectura que es siempre agradable.

Por fortuna, van apareciendo libros en muy distintos ámbitos escritos también desde esta óptica, mucho más personal y vivencial, que enriquecen de forma definitiva la historia que se quiere contar. Y lo hacen en contextos nada fáciles. Me viene a la memoria, perdón por la digresión,

ahora que en el último trimestre de 2024 se ha juzgado a ese depredador sexual francés llamado Dominique Pelicot, el libro que escribió su propia hija hace un par de años (Darian, 2022), en el que nos deja su impresionante testimonio. Sobre abusos cometidos en familia se han publicado varios más en los últimos años, a los que no me referiré aquí. Quisiera citar, sin embargo, el libro de Eduardo Sánchez-Gatell (2024), que se ha publicado hace pocos meses. Estamos de nuevo ante un testimonio personal de alguien cercano a las estructuras del PCE en Madrid que vivió, desde una esquina y sin ser consciente de lo que se estaba cociendo (en realidad, fue engañado por el matrimonio Sastre-Forest), el tenebroso atentado cometido por ETA en la Cafetería Rolando, en 1974. Como se sabe, la bomba causó muchos muertos y decenas de heridos.

Este tipo de manifestaciones tan personales contribuyen a ver la historia desde una proximidad mayor, y nos la acercan desde perspectivas a las que no estamos acostumbrados. Son, al mismo tiempo, herramientas imprescindibles para rehacer nuestra memoria y contribuyen a la escritura de un relato más creíble sobre nuestro pasado cercano. Bienvenido sea, por tanto, este libro colectivo que pone su grano de arena en el empeño.

Bibliografía

Darian, Caroline (2022): *Et j'ai cessé de t'appeler Papa. Quand la soumission chimique frappe une famille*, Paris, Lattès.

Sánchez-Gatell, Eduardo (2024): *El huevo de la serpiente. El nido de ETA en Madrid*, Vitoria-Gasteiz, Betagarri Liburuak.